

SYMPOSIUM SOBRE EL CODICE DE MEDICINA AZTECA
DE MARTIN DE LA CRUZ Y JUAN BADIANO

III

HISTORIA DEL CODICE*

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS

México está pasando por un momento de reestructuración histórica. Hasta ahora, para decirlo con palabras de Unamuno, los historiadores habían atendido más a los *sucesos* históricos, que pasan y se pierden, que a los hechos subhistóricos que permanecen y van estratificándose en profundas capas". Quiero decir con esto que ha llegado el momento de olvidar lo que él llama la "historia bullanguera", historia de empresas hazañosas, de grandes hechos, de heroicos capitanes, para volver los ojos a esa otra historia, silenciosa, vivida en la comunidad, en el pueblo. La historia diaria de los hombres anónimos que es la que verdaderamente labra el destino de una nación.

Hasta hace unos años tenía más interés para el historiador el color de la casaca de un héroe, que el origen de las raíces ideológicas que le movieron en su heroicidad. Afortunadamente eso ha pasado, y en este esplendoroso resurgir histórico de México del que somos espectadores, y en parte actores, estamos viviendo ese nuevo concepto de la historia que reclamara Unamuno hace más de sesenta años. El extraordinario grupo de museos que apenas hace unos días hemos visto abrirse no tienen otro fundamento distinto que el estudio de lo que arriba llamábamos subhistoria. Sus temas, sean de la época que sean, no nos enseñan ya las reliquias del héroe, sino el pequeño detalle de la vida cotidiana que fue el que hizo la historia. Hoy interesa el pueblo, sus medios de vida, sus inquietudes, sus dificultades, su progreso. No hemos encontrado en sus salas una sola referencia a un rey o a un caudillo, no hay relatos de batallas y las imá-

* Trabajo leído por su autor en la sesión del día 18 de noviembre de 1964.

genes de los dioses aparecen como fundamentos del pensamiento ideológico de los pueblos allí representados.

En todos los campos de la historia se siente esta evolución que está a su vez revolucionando el sentido histórico del pueblo mexicano. Ya casi ha desaparecido aquella historia anecdótica de la que todos fuimos pecadores y que hoy no cumple ya su función. También se están perdiendo los que ven la historia con un concepto unilateral, los "istas", colonialistas, porfiristas, indigenistas, etc., no tienen razón de ser; la historia es una y como tal debe estudiarse, podrá tener múltiples interpretaciones pero no puede tener partidismos.

Y los médicos que estamos orgullosos de nuestra historia milenaria no podíamos quedarnos atrás en la empresa. Nuestro campo es pequeño, limitado en comparación con los enormes horizontes que presenta la historia general del país. Pero desde hace unos años sentimos la necesidad de emprender estudios históricos médicos de México en los que olvidando el detalle obtuviéramos imágenes de conjunto y sobre todo de la evolución ideológica por que había transcurrido. Nos faltaron materiales. Resultaba casi imposible consultar los textos originales. Encontrábamos que unos historiadores recitaban los mismos errores que hicieron sus antepasados y la necesidad de empezar la historia por sus verdaderos orígenes, hizo que los organismos que pueden hacerlo emprendieran la labor.

Hoy estamos aquí reunidos porque el primer libro de lo que espero sea una larga serie ha llegado a ser realidad. El *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, el más antiguo libro médico conocido de América está en estos momentos desenterrado, libre del polvo secular que lo cubría y reeditado en condiciones que permiten al investigador consultarlo con la misma facilidad que si retrocediendo tres siglos lo recibiera de las manos del prior franciscano que mandó componerlo. Debemos felicitarnos y felicitar también al organismo y a los hombres que hicieron posible este milagro. Son hombres con un concepto moderno de la historia que supieron apreciar el enorme interés que para el verdadero conocimiento de la vida histórica de un pueblo tienen estos pequeños detalles silenciosos, producidos sin alharacas y que sin embargo, volviendo a Unamuno, son los hechos permanentes de la historia.

Pero yo he venido aquí a contar la historia del libro. Rico tema, pero ya muy sabido, lo han contado otros antes y mejor que yo. Sin embargo, voy a cumplir con el encargo. Lo escribieron dos indios mexicanos cuyos nombres han quedado para la posteridad. Martín de la Cruz, médico indígena de Tlaltelolco, muy experimentado, relata en las páginas del *Libellus* sus conocimientos tradicionales del modo de curar que había aprendido de sus mayores. Juan Badiano, xochimilca joven y plurilingüe pone en el latín que aprendiera de los frailes en el mismo Colegio de Tlaltelolco lo que Martín de la Cruz le dicta y los anónimos frailecitos de San Francisco meten, de cuando en cuando, la cuchara para

intercalar a Plinio, estructurar el libro a la manera europea o suprimir algunos datos que por su exceso de magia podían oler a práctica demoníaca.

El libro no tiene objeto médico, se trata de un regalo para un emperador y esto hace que su factura sea impecable y lujosa. El rey de España había olvidado mandar dinero para sostener el colegio, la situación era angustiosa, acababan de sufrir los estragos de una terrible peste de *Cocolixtle* y el envío del libro era un indirecto recordatorio y una muestra de lo que eran capaces de hacer los indios mexicanos.

Si cumplió o no con su función, no es de nuestro tema. Creemos que sí, pero la realidad es que el libro, impecable, casi sin que nadie lo tocara y después de producir la admiración de la corte, pasó a ocupar su lugar en la biblioteca real de Palacio de donde algunos años después lo obtuvo, y lo profanó con su firma, el famoso boticario real Diego de Cortavila.

Después, sin que sepamos cómo, llegó a Roma y fue propiedad del Cardenal Barberini y en 1679 debió de pasar con toda la biblioteca del Cardenal a poder del Vaticano.

Aquí se cierra la historia antigua. Nadie sabe nada de este libro hasta que en 1929 lo descubren simultáneamente dos investigadores. Uno, Thorndike, pasó sobre él sin dejar huella, lo registró en una lista y no volvió a recordarlo. El otro, Charles Upson Clark, con mayor visión, con más profundo conocimiento, telegrafió a quienes podían comprender, según él, la magnitud del hallazgo, y puso en movimiento la maquinación que, 45 años más tarde, culmina con la publicación de este libro que hoy celebramos.

No voy a contarles la historia tan sabida, tan repetida, de cómo se reunieron en el University Club de Boston los más prominentes historiadores de la medicina norteamericana, presididos por Welch, para oír el relato del descubridor. Allí se tomó la firme resolución de difundir esta obra. Y en esa labor debemos recordar a Gates, infatigable investigador que tradujo el Códice al inglés, dejó sentadas las bases para la identificación de los elementos citados, hizo el más completo estudio sobre la botánica azteca que hasta hoy se ha escrito y publicó dos veces el libro, la segunda, con comentarios que se han hecho clásicos.

Después vino la Dra. Emmart; su libro, bellísimo, fue la obra que difundió el conocimiento universal del Códice. Trabajó ocho años intensamente, sin descanso, viajó a Roma, vino a México, profundizó hasta donde entonces se podía, en la historia de nuestro país y en la historia médica mexicana del siglo xvi. Acudió a recibir el consejo y la ayuda de todos aquellos que podían decirle algo útil. Y en esa labor encontró a Sigerist, el más completo historiador médico de los tiempos modernos. La mano maestra de Sigerist, que prologa la obra, se ve también en la orientación de muchos capítulos del libro. Y es seguro que el carácter jovial, comunicativo, entusiasta y emprendedor de Sigerist, unidos a sus profundos conocimientos históricos fueron decisivos para la difusión del *Libellus*.

La obra de la Dra. Emmart, de tipografía notable para su época, obtuvo un éxito extraordinario. La edición fue corta, el precio bajo y se agotó rápidamente. A este libro se debe el interés de México por el *Libellus*. Apenas conocido se organizaron comisiones y grupos decididos a traducirlo al castellano y editarlo en México.

La historia de estos grupos es un largo cuento de buenas intenciones, generosidad e ilusiones sin base en la realidad. Casi todos estuvieron movidos por Aragón Leyva, y como la fantasía vuela con facilidad, se habló de institutos, escuelas, fundaciones para terminar en un modesto monumento erigido en Xochimilco y una horrorosa edición, de triste memoria merecedora del fuego eterno.

Después fueron muchos años de interés latente pero sin obras efectivas y el año 1959, el Dr. Del Pozo, planeó en la Universidad, casi con las mismas personas que están hoy aquí, esta edición.

Se hicieron estudios, maquetas tipográficas y hasta recibimos entonces la autorización del Vaticano para tomar las reproducciones.

Las circunstancias, esas circunstancias que tan profundamente modifican la trayectoria humana y que tanto estudió Ortega y Gasset, impidieron que el proyecto llegara a realidad, pero no mataron la idea. Y tan pronto como fue posible, revivió en otro sitio y con otros medios, pero tan lozano, completo y bello como su promotor, el Dr. Del Pozo la había soñado.

El libro está aquí. Los que lo hicieron presentes y creo que estas presencias son más elocuentes de todo lo que yo pueda decir. Por eso, para terminar voy a establecer lo que el *Libellus* representa en la historia de la medicina universal y mexicana. Dijimos hace unos meses, y lo sostenemos en el propio libro, que se trata del último gran herbario medieval que se compone. Herbario que tiene sus raíces en los más clásicos antecedentes de la antigüedad, que sigue la línea de Dioscorides, aquí se ve otra vez la cuchara frailuna, y sin embargo, es completamente distinto a todos cuantos pudieron hacerse desde los griegos al siglo xvi. Distinto en contenido, son plantas americanas desconocidas de los europeos, distinto en su idioma original, probablemente el náhuatl, que todavía sobrevive después del paso al latín en muchos vocablos intraducibles. Distinto, finalmente, en la técnica curativa que no siempre puede seguir la impuesta ortodoxia galénica. Por tanto, no es un herbario más de los infinitos con que se cuenta en la medicina tradicional de Europa, sino es el herbario de América, de México. Aquel donde deberán acudir los historiadores de todo el mundo cuando quieran integrar el conocimiento completo de la terapéutica en sus primeras manifestaciones. Respecto a México, constituye el más antiguo y a la vez el más original y veraz documento con que cuenta el historiador para poder conocer la medicina de los pueblos anteriores a la Conquista. Información parcial y expurgada, ausente de muchos componentes mágicos y con fuerte influencia europea, pero de todos

modos sigue siendo el más fidedigno documento con que contamos hasta hoy para emprender el estudio de la medicina precortesiana de México.

Perdónenme si esta historia resultó un poco deshilvanada, y perdónenme también que después de abogar por una historia, impersonal, ideológica, anónima, haya tenido que recurrir en este caso al relato anecdótico para explicar mi tema, pero no encontré cómo hacerlo de otra forma.

Muchas gracias.